



ASAMBLEA INTERNACIONAL DE LOS PUEBLOS (AIP). UNA EXPERIENCIA EN LA CONSTRUCCIÓN DE CONTRA- HEGEMONÍA FRENTE AL CAPITALISMO COORPORATIVO

LEIRE AZKARGORTA
UNIVERSIDAD DEL PAÍS VASCO

XABIER ALBIZU LANDA
UNIVERSIDAD DEL PAÍS VASCO

UNAI VÁZQUEZ
UNIVERSIDAD DEL PAÍS VASCO

DOI: 10.14679/13539

1. LOS MOVIMIENTOS POPULARES TRANSNACIONALES, ACTORES EN EL SISTEMA INTERNACIONAL

Las nuevas tecnologías de la información y las comunicaciones han conllevado, en cierto sentido, un mayor poder de los individuos, en particular, y de la sociedad civil, en general. En ese contexto, cada vez más actores cuestionan el *status quo* capitalista neoliberal, los Estados pierden una relativa centralidad en el sistema internacional y la democracia burguesa sufre una profunda crisis de representatividad y legitimidad.

Nos encontramos, por tanto, ante un nuevo panorama en las relaciones internacionales, donde irrumpen Movimientos Populares Transnacionales (MPT) y Organizaciones No Gubernamentales (ONG) como un nuevo actor no estatal relevante en el sistema internacional. A su vez, somos testigo del nacimiento de nuevas formas de organización internacional que no responden estrictamente a la lógica de acumulación de capital o de legitimación de las estructuras internacionales existentes.

Siendo la democracia una de las principales perdedoras en el sistema-mundo capitalista y globalizado, buscaremos formas de profundizar en prácticas democráticas a escala internacional, y veremos cómo los Movimientos Populares Transnacionales (MPT) pueden resultar una herramienta eficaz en esa vía. En ese sentido, ofreceremos una mirada descriptiva, planteada desde la investigación militante, que presentará un ejemplo de MPT como propuesta concreta: la Asamblea Internacional de los Pueblos (AIP).

Articulación a nivel global de movimientos populares, sindicatos y partidos políticos de una amplia esfera de la izquierda de todo el mundo, la AIP es una iniciativa proveniente de importantes movimientos populares de América Latina y del Sur Global en general.





Desde su creación, ha buscado impulsar formas de participación popular en el ámbito político internacional, mediante campañas internacionales de solidaridad o mediante la creación de herramientas que ayuden a unificar discursos y luchas.

Entre estas herramientas encontramos tanto propuestas de movilización conjunta como iniciativas de articularse con escuelas populares de formación política, medios de comunicación alternativos y un instituto de investigación social a disposición de los movimientos populares y emancipadores alrededor del mundo. Todas estas propuestas buscan articular, a nuestro entender, la participación popular desde luchas locales y particulares de contra-poder, estableciendo un intento por crear una fuerza coordinada y contrahegemónica en términos gramscianos, siempre con el objetivo de debilitar los discursos e ideologías que legitiman el sistema capitalista y potenciar simultáneamente procesos de emancipación popular.

No se puede ignorar el hecho de que para que algo caiga, tiene que haber una fuerza que lo empuje. Para ello hace falta poder, o en este caso contra-poder, y para ello se hace imprescindible la creación de hegemonía. Es aquí donde el ser humano, el pensamiento crítico y la articulación de éste en torno a la organización de la sociedad civil adquieren un papel fundamental. Marx y Engels (1973) ya destacaban que “la sociedad civil es el verdadero hogar y escenario de toda la historia y cuán absurda resulta la concepción histórica anterior que, haciendo caso omiso de las relaciones reales, solo mira, con su limitación, a las resonantes acciones y a los actos del Estado”.

Por otra parte, respecto a la terminología que usaremos en este trabajo, priorizaremos el término *movimiento popular* frente al de *movimiento social*, entendiendo que los movimientos sociales responden a problemáticas sectoriales, es decir, abordan luchas sectoriales o puntuales (Gil de San Vicente, 2008). Nosotros, por el contrario, analizaremos sobre todo aquellos movimientos que tienen una visión integral, estratégica y constante, trascendiendo “los estrechos límites de lo puntual” (Gil de San Vicente, 2008), es decir, los movimientos populares. Es por ello que, asimismo, utilizaremos el término *Movimiento Popular Transnacional* o MPT, preferiblemente al término *Movimiento Social Transnacional* o MST que suele ser más habitual.

Los movimientos que analizaremos serán, además, transnacionales; es decir, aquellos movimientos que “construyen un espacio social al conectar distintos países o unidades nacionales, es decir, formaciones sociales. Este espacio social, denominado generalmente *transnacional*, se crea a través de lazos de orden simbólico y social producidos por la “unidad” de distintos movimientos sociales —del orden subnacional, regional o local—” (Bohórquez, 2011).

De hecho, los procesos estructurales que dieron lugar a la creación de movimientos populares han sido desde el principio globales, pero las respuestas organizativas hasta hace relativamente poco se han limitado al nivel de los Estados (Arrighi, 1999). Así, hace aproximadamente tres décadas se comenzaron a estructurar los Movimientos Populares Transnacionales, especialmente aquellos contra la globalización, para poder dar una respuesta global a los problemas globales.

El motivo de plantear este trabajo en estos términos es, principalmente, que notamos que algunos de estos términos no abundan en la academia. También percibimos que el marxismo, desde sus mismos inicios, ha trabajado sobre los movimientos popula-





Asamblea Internacional de los Pueblos (AIP)

res desde una perspectiva global, aunque no ha desarrollado los Movimientos Populares Transnacionales como concepto.

Numerosos autores coinciden en la necesidad de que, en un sistema-mundo capitalista y globalizado, los movimientos populares revolucionarios se coordinen para cambiar radicalmente las estructuras del sistema internacional, pero les cuesta encontrar prácticas concretas de esta propuesta. Nosotros queremos contribuir desde este vacío, porque creemos que la Asamblea Internacional de los Pueblos es la propuesta más significativa que se ha hecho en esta dirección en los últimos años.

Siguiendo esa línea, el objetivo de este trabajo será enfatizar en la necesidad de un internacionalismo popular, en la creación de unas relaciones internacionales basadas en la solidaridad y el apoyo mutuo a los procesos de emancipación de cada lugar, entendiendo que el hecho de oponer alternativas al sistema-mundo capitalista puramente locales o nacionales sólo puede contar con un corto recorrido.

Así, tenemos la convicción de que los movimientos populares articulados a nivel internacional ayudan a crear las condiciones para construir un escenario de profundización democrática, o incluso un escenario de creación de una democracia diametralmente opuesta a la democracia burguesa, lo que podríamos denominar como una *democracia real*.

Prestaremos atención, por lo tanto, al papel que puede jugar la sociedad civil para cambiar el rumbo de la historia; al lugar que pueden ocupar la política participativa, las libertades o el interés público en el sistema internacional; a las posibilidades que tiene la sociedad civil de tomar consciencia de su vida cotidiana para poder tomar decisiones integrales sobre ella. En definitiva, intentaremos ofrecer una visión sobre la importancia de articular el trabajo de base a nivel internacional, y sobre la oportunidad que brindan Movimientos Populares Transnacionales como la Asamblea Internacional de los Pueblos para ofrecer espacios de participación popular en la esfera política internacional, siempre desde el contra-poder y en aras de crear una nueva hegemonía.

2. CAPITALISMO Y DEMOCRACIA EN LA ARENA INTERNACIONAL

Es habitual pensar en la democracia en términos del Estado-nación, como si correspondiese al gobierno de un determinado país hacer un uso apropiado de las instituciones “democráticas” de ese Estado para garantizar unas condiciones favorables para la democracia de ese país. Desde una visión estatocéntrica, es en el seno del Estado donde se determinan los aspectos fundamentales que condicionan la vida de sus habitantes.

Desde una perspectiva de la disciplina de las Relaciones Internacionales, es al Estado a quien ha correspondido durante siglos la figura predominante en las relaciones internacionales, representante a escala internacional de la sociedad que habita en su territorio y principal actor en la geopolítica.

Sin embargo, partiendo de la comprensión de que vivimos en una globalización neoliberal bien instaurada, en un mundo cada vez más interconectado en el que la interdependencia entre Estados es más evidente que nunca, observamos que la perforación de la soberanía estatal da pie a un traspaso del poder del Estado a instancias privadas que trascienden sus fronteras, como pueden ser el mercado financiero, las empresas transna-





cionales o las grandes compañías. Presenciamos, de esta manera, cómo son cada vez más habituales los gobiernos tecnócratas que, lejos de encaminar las demandas democráticas canalizadas en un formato electoral, dedican su atención a modificar las legislaciones estatales para favorecer los intereses del capital privado.

Todo esto ocurre en un sistema internacional que, siguiendo la propuesta del sociólogo Immanuel Wallerstein (2005), podemos denominar *sistema-mundo*. El sistema-mundo global vigente en la actualidad, heredero del sistema-mundo europeo que se comenzó a expandir a todo el planeta a partir del siglo XV, supone, precisamente, la base de la globalización neoliberal capitalista asentada de manera definitiva en todo el mundo a partir de la década de los 90 del siglo pasado (Moghadam, 2019b).

Según las reglas de ese sistema-mundo capitalista, existen un centro, una periferia y una semiperiferia que funcionan de manera integrada e interdependiente, de manera que existen regiones en el planeta que viven un subdesarrollo permanente para que otras puedan gozar de mayores ganancias, privilegios y acumulación de capital.

En la globalización neoliberal, el mundo funciona de forma integrada, todos los Estados tienen su papel en el sistema interestatal, existe una gran interdependencia y predominan las políticas económicas neoliberales impuestas por los Estados occidentales o por grandes potencias (muchas veces de forma explícita a través del Fondo Monetario Internacional, el Banco Mundial y otras instituciones creadas en Occidente o el Norte Global).

A lo largo de la historia, los Estados más fuertes (los del centro) han creado una serie de acuerdos políticos para facilitar la explotación económica de los Estados más débiles (los periféricos), de manera que se extraigan sus recursos, se divida el trabajo a nivel internacional y se organice el comercio de acuerdo a los intereses de esos países. Así, los países del centro se mantienen en la parte superior de la jerarquía y obtienen beneficios al explotar los recursos de la periferia. Por otra parte, los procesos económicos y políticos nunca se separan y el capital político se utiliza como recurso para fortalecer la explotación económica global y neocolonial (Balaev, 2012). Es así cómo los agentes centrales consiguen establecer y mantener una desigualdad estructural en el sistema-mundo.

Esta situación provoca profundas relaciones de dependencia entre los países, impidiendo que los países situados en la semiperiferia y la periferia puedan llevar a cabo un desarrollo económico total que permita ofrecer una mejor calidad de vida a sus habitantes. Según explica el autor puertorriqueño Ramón Grosfoguel, no es posible imaginar que un único país consigue el desarrollo económico por sí mismo, y es que cobra mucha mayor relevancia la posición que ocupa ese país en el sistema-mundo (o su grado de dependencia) que sus políticas internas (Grosfoguel, 2003).

En ese contexto, la democracia burguesa (por medio de los medios de comunicación hegemónicos, entre otras herramientas ideológicas) sigue transmitiendo la idea de que las elecciones son la principal herramienta para garantizar la democracia, ocultando aquellas opresiones sistemáticas que siguen funcionando de manera ajena a las elecciones (como la pobreza, el patriarcado o el racismo).

Por supuesto, durante la historia han surgido numerosas protestas y propuestas para hacer frente a las diversas formas de opresión, aunque “los movimientos de liberación





Asamblea Internacional de los Pueblos (AIP)

nacional [en la periferia] y los movimientos socialdemócratas del centro de la economía-mundo capitalista [no] podrían haber realizado un cambio mayor del que han efectuado dada su común preocupación histórica por asegurar y ejercer el poder *en el interior* del sistema interestatal” (Arrighi, 1999).

Si se busca una verdadera profundización democrática o, mejor dicho, la construcción de una democracia real, directa o popular (diametralmente opuesta a la democracia burguesa), se muestra indispensable terminar con el sistema capitalista imperante, para poder impulsar la construcción de una sociedad en la que no reine el interés de una minoría (que acumula proporciones desmesuradas de capital) por sobre el interés general de la población por mantener una vida digna; una sociedad en la que la población pueda tener el derecho a decidir sobre todos los aspectos de su vida.

Es inevitable, sin embargo, preguntarse sobre cómo se puede llegar a construir esa democracia real, si los espacios de poder y decisión trascienden las fronteras de los Estados y si la sociedad civil no cuenta actualmente con la capacidad de incidir en ellos. Ante esa pregunta, parece obvio que, si realmente se quieren transformar los cimientos del sistema-mundo capitalista, toda respuesta y propuesta popular debe plantearse en clave multilateral, con una fuerte base en el Sur Global e, indudablemente, en una clave de lucha de clases (acompañada de las luchas contra las opresiones de género, raza, procedencia, religión, orientación sexual y de la madre tierra).

Y es que, los movimientos populares modernos, por su parte, se desarrollaron con la creación del Estado-nación y durante años éste ha sido el principal objetivo de sus protestas (Della Porta y Tarrow, 2005), pero teniendo en cuenta la influencia directa del crecimiento de la globalización neoliberal en la vida de la gente, es más necesario que nunca que los movimientos populares adquieran una visión y un carácter internacional que permita dar respuestas más adecuadas a la situación. Así, “los impactos de la globalización de la economía son motivos [...] universales para la movilización de los actores” (García Segura, 1993) no estatales.

Siguiendo esa línea, identificamos que los Movimientos Populares Transnacionales (MPT) son una herramienta interesante que tiene a su alcance la sociedad civil para incidir en la realidad internacional. El investigador estadounidense Sidney Tarrow establece una clara distinción entre dos tipos diferentes de MPT según sus prácticas y objetivos. Por un lado, identifica los MPT *insiders*, que serían aquellos movimientos que actúan desde “dentro” del sistema, y suelen incidir como lobbies o colaborando con las élites internacionales, hasta llegar a ser cooptados. Por otro lado, los MPT *outsider* (los que actúan desde “fuera”) suelen enfrentarse a las políticas de instituciones internacionales e incluso pueden responder a la misma existencia de éstas (Tarrow, 2005).

En la medida en que nos interesa hablar de la construcción de una democracia real, no supeditada a los intereses de las burguesías locales e internacionales, en este trabajo nos centraremos, por lo tanto, en aquellos MPT *outsiders*, para ver cómo pueden contestar al *status quo* actual para revertir el orden imperante. Es decir, observaremos los Movimientos Populares Transnacionales como actores que funcionan en el sistema internacional, con capacidad de movilizar recursos, influir en la dinámica de otros actores y crear las condiciones para dar cambios estructurales, conectando el nivel local con el global.





La democracia burguesa y el sistema de democracia representativa están sufriendo una profunda crisis de legitimidad, por lo que es el momento adecuado para buscar formas de participación popular en la esfera política internacional, que tengan como objetivo la articulación a escala global de procesos populares de emancipación y la creación de democracia. Y es que “la justicia global requiere la participación democrática de las personas sobre las que pretende hacerse justicia, si es que queremos respetar la igualdad de todas las personas” (Gould, 2014).

2.1. *Contra-hegemonía desde actores no estatales en el sistema internacional*

Los Movimientos Populares Transnacionales (MPT) suelen utilizar una serie de recursos para participar en el sistema internacional, como son las “cumbres paralelas, [los] foros propios, [los] foros sociales mundiales y regionales, [las] movilizaciones, etc.” (Echart, 2008), pero son muchos los retos que se presentan al plantear sus objetivos, si entendemos que la transformación significa crear una verdadera democracia, ejercer el derecho de la sociedad a decidir en todos los ámbitos de su vida, acabar con la acumulación ilimitada de capital y la desigualdad estructural, superar cualquier tipo de opresión (de género, raza, religión, procedencia, etc.) o materializar conceptos abstractos como justicia, igualdad y libertad.

Por otro lado, hay que tener en cuenta el reto que supone que los Estados tengan tanto protagonismo en el sistema internacional. Es bien sabido que muchos movimientos transformadores han acabado limitándose a la gestión de la administración y los recursos cuando han alcanzado el poder del Estado, a menudo sin cuestionar las bases del capitalismo o sin establecer alianzas estratégicas con otros Estados para cambiar su posición en el sistema-mundo. Los movimientos *outsiders*, supuestamente, amenazan la lógica del sistema-mundo capitalista, pero tienen grandes dificultades para construir alternativas reales.

Además de ello, muchos de los tipos de opresión que incorpora el sistema (por ejemplo, la opresión de género) también se reflejan frecuentemente en los MPTs. Entre otras cosas, “la hipermasculinidad es un pilar ideológico fundamental tanto de la globalización capitalista neoliberal como de algunas formas de ‘resistencia’” (Moghadam, 2012). Los MPTs, por tanto, tienen que hacer frente a retos y limitaciones tanto externos como internos para alcanzar sus objetivos, y deben aprovechar las herramientas que tienen disponibles para poder hacer frente al *status quo* de forma integral.

Entre estas herramientas, queremos poner especial énfasis en la lucha por la hegemonía cultural, es decir, por la batalla de ideas, y en el papel que pueden jugar los MPT en esta lucha. Siguiendo la teoría de Antonio Gramsci, Robert Cox desarrolló una nueva teoría de las Relaciones Internacionales, la teoría neogramsciana. Y es que, según Gramsci, las clases dominantes se valen del consenso de los dominados (más que de la fuerza física) para mantener un determinado orden social y para que los oprimidos también defiendan los intereses de los opresores (a través de diversos mecanismos, como la cultura).

La teoría neogramsciana también nos explica que es posible crear una nueva hegemonía cultural e ideológica, lo suficientemente potente como para que las clases dominadas dejen de reconocer la superioridad de las clases dominantes, y así poder modificar las actuales relaciones de poder. Es decir, esta teoría explica que es posible que los oprimidos formen un nuevo bloque histórico que plantee una nueva contrahegemonía a través de





Asamblea Internacional de los Pueblos (AIP)

la batalla de ideas y que posteriormente, según la correlación de fuerzas, convierta dicha contrahegemonía en una nueva hegemonía cultural (Cox, 1981).

A pesar de las dificultades, los Movimientos Populares Transnacionales tienen, por tanto, la posibilidad y la capacidad de influir en esta batalla de ideas; según algunos, “los movimientos se han convertido en un elemento crecientemente decisivo en la política del sistema-mundo y han cosechado sus propios éxitos” (Arrighi, 1999).

3. UN ESTUDIO DE CASO: ASAMBLEA INTERNACIONAL DE LOS PUEBLOS (AIP)

En este apartado trataremos, como hemos indicado en la introducción, sobre la propuesta de articulación internacional de movimientos populares y sociales, partidos políticos y sindicatos progresistas y de izquierda de los cinco continentes, la Asamblea Internacional de los Pueblos (AIP).

Para comprender de dónde viene, debemos focalizar en la década de los noventa del siglo pasado. Y es que, de hecho, en esa década se acumuló una serie de factores que condujeron a una cierta efervescencia social.

Después de la caída de la Unión Soviética, el auge neoliberal a nivel mundial generó una contundente respuesta social en diferentes lugares del mundo, y en esa misma época histórica surgieron varios Movimientos Transnacionales y Foros que son un referente en la actualidad, entre ellos La Vía Campesina, la Marcha Mundial de Mujeres y el Foro Social Mundial. El FSM “se constituyó en un espacio político de resistencia al neoliberalismo, involucrando amplios sectores sindicales, organizaciones populares, intelectuales, estudiantes, artistas, religiosos, ONGs y partidos políticos” (Secretaría Operativa Internacional de la AIP, 2019).

En el marco del encuentro del FSM en Belém (Brasil) celebrado en 2009, hubo una iniciativa para organizar un congreso de organizaciones del movimiento popular, ya que algunos sectores ya habían empezado a notar que el FSM había empezado a perder cierta dirección, pues en cierta medida las ONG habían empezado a controlar el proceso y a evitar una mayor definición política. Esta iniciativa de fortalecimiento de las organizaciones del movimiento popular en el seno del FSM se plasmó en la “Carta de Belém”, lo que dio lugar a la creación a nivel latinoamericano de una articulación continental de los movimientos populares, actualmente denominada *ALBA Movimientos*.

Se identificó la necesidad de crear esta articulación, sobre todo porque se compartió el análisis de que las últimas victorias electorales en América Latina eran insuficientes para lograr reformas estructurales, “para fortalecer la lucha contra la desigualdad social, promover la distribución de la riqueza y la renta producida en [el] continente, garantizar mecanismos de democracia popular y participativa, y fortalecer la soberanía nacional” (Secretaría Operativa Internacional de la AIP, 2019).

A su vez, esta nueva articulación de los movimientos populares comprendió que “la formación política, la solidaridad activa entre [los] pueblos, las estrategias de comunicación, el fortalecimiento del trabajo de base y la movilización popular” (Secretaría Operativa Internacional de la AIP, 2019) eran fundamentales para hacer frente a la de-





vastadora fuerza del capital, pero, al mismo tiempo, era insuficiente si se limitaba al continente americano. Por ello, hizo importantes esfuerzos para ampliar sus fronteras y llegar a los movimientos populares, intelectuales, activistas y militantes de todos los continentes, agentes que trabajaban en todo el mundo por una sociedad justa e igualitaria.

Así, en un encuentro organizado por el movimiento brasileño MST (*Movimento dos trabalhadores rurais Sem Terra*) en la escuela ENFF (*Escola Nacional Florestan Fernandes*), en el estado de São Paulo, en 2015, se puso en marcha un nuevo Movimiento Popular Transnacional, denominado Asamblea Internacional de los Pueblos, que comenzaría a articularse en América, África, Maghreb y región árabe, Asia y Europa.

Unos años más tarde, concretamente en febrero de 2019, este nuevo MPT tuvo su primer encuentro mundial en Caracas (Venezuela). 500 representantes de 181 organizaciones de 87 países “se reunieron, debatieron, cantaron, gritaron consignas y experimentaron la solidaridad revolucionaria en la lucha común para dar esperanza a los pueblos de nuestro planeta” (Asamblea Internacional de los Pueblos, 2019).

La Asamblea Internacional de los Pueblos, para poder llevar a cabo su labor, ha creado una serie de marcos y órganos, unos con funciones territoriales y otros con funciones políticas (aunque, en definitiva, existen muchos puntos de encuentro entre ambas funciones y no pueden ser totalmente separadas).

Además de los órganos que existen propiamente para estructurar el MPT, también se trabajan unas líneas de trabajo concretas en la AIP. Por un lado, se trabaja estrechamente con una red internacional de escuelas de formación política. En total hay unos 10 proyectos educativos y escuelas en todo el mundo (Brasil, Argentina, Haití, Estados Unidos, Túnez, Ghana, Sudáfrica, Nepal, etc.), que suelen trabajar junto con la AIP.

Estas escuelas y estos proyectos trabajan para ofrecer formación política a los miembros de movimientos sociales y populares, partidos y sindicatos, entendiendo que la formación política es un proceso continuo que va mucho más allá de las conferencias y talleres. Ofrecen un método para comprender en profundidad el mundo y sus estructuras, ya que saben que cuanto más activistas y militantes estén formados, más eficaces serán sus acciones, tanto a nivel local como global.

Por otro lado, en colaboración con la AIP también se coordinan varios medios de comunicación populares. Entre ellos se encuentran Resumen Latinoamericano (Buenos Aires), Brasil de Fato (São Paulo), Peoples' Dispatch o News Click (New Delhi), entre otros. La AIP, de esta manera, impulsa la creación de medios de comunicación populares como un canal de empoderamiento para que las clases desplazadas den la batalla de ideas contra el sentido común y con el objetivo de construir organización popular. El hecho de dar la batalla en ese frente posibilita el fortalecimiento del trabajo de base para así intensificar las luchas en todo el mundo.

Otra línea de trabajo importante de la Asamblea Internacional de los Pueblos es la investigación social. En el seno del Instituto Tricontinental para la Investigación Social participan investigadores de América Latina, África y Asia, con el objetivo de “promover el debate y la reflexión desde el pensamiento crítico y desde una perspectiva de emancipación” (Asamblea Internacional de los Pueblos, 2019). Explican que quieren participar en la batalla de ideas y construir puentes entre los movimientos sociales y populares y





Asamblea Internacional de los Pueblos (AIP)

los intelectuales de izquierda, para poder alimentarse en ambas direcciones (Asamblea Internacional de los Pueblos, 2019).

3.1. Asamblea Internacional de los Pueblos: proyecto y praxis

Hemos visto qué es y cómo se organiza la Asamblea Internacional de los Pueblos, pero todavía tenemos por ver en qué se basa su actividad política, cómo plantea sus objetivos políticos y qué actividad desarrolla para conseguirlos.

Para ello, comenzaremos diciendo que la AIP es un punto de encuentro de organizaciones del movimiento popular, una organización paraguas, un espacio de colaboración entre diferentes tipos de organizaciones de diferentes lugares del mundo. Por otra parte, a diferencia del Foro Social Mundial, la Asamblea Internacional de los Pueblos deja abierta la posibilidad de trabajar con partidos y sindicatos, siempre que estén basados en luchas de masas y planteamientos revolucionarios.

Sin embargo, en principio no tiene intención de trabajar con ONG, ya que el análisis que realiza es que, en numerosas ocasiones, las ONG no cuestionan el sistema-mundo capitalista ni su forma de organizar la sociedad, sino que, más bien, se limitan a cubrir las carencias de dicho sistema. Es decir, según este análisis, la mayoría de las ONG, al menos las más grandes, serían entidades *insiders* que gestionan las consecuencias de los fallos del sistema capitalista y que no tienen perspectiva para revolucionar la situación. En la medida en que la AIP tiene un planteamiento más revolucionario, por tanto, no tiene especial interés en trabajar con las ONG.

Así, la AIP nació para cubrir una carencia clara. Sus creadores identificaron, como señaló Samir Amin, la necesidad de crear un “frente unificado a nivel mundial” (Moghadam, 2019a), sin dogmatismos ni grandes conflictos internos; que a diferencia del Foro Social Mundial, impulsara la acción directa y que tuviera un manifiesto político más explícito y radical que el Foro, más transformador, para poder eliminar radicalmente el sistema capitalista y crear un nuevo sistema.

En este sentido, realiza una serie de planteamientos para que todas sus acciones estén orientadas, de una u otra manera, a la consecución de la soberanía popular a través de la lucha antiimperialista y anticolonial; a garantizar los derechos de las mujeres a través de la lucha feminista; a ejercer la democracia popular denunciando al Estado burgués; a la defensa de los recursos naturales en contra de la apropiación de los mismos por parte de las empresas capitalistas; a favor de la abolición del capital financiero, de los paraísos fiscales y de las empresas transnacionales; a la defensa de los derechos laborales dignos y humanos; a la defensa de los derechos de las personas migrantes, refugiadas y diásporas y a la lucha contra las causas que los provocan; a la solidaridad con todos los presos políticos del mundo; y la lucha contra todos los fundamentalismos con una perspectiva de emancipación (Secretaría Operativa Internacional de la AIP, 2019).

Para el cumplimiento de todos estos objetivos, la AIP plantea que, más allá de la alianza y la colaboración entre movimientos y partidos, es necesario articular las luchas de masas en el mayor número de países posible, y que para poder reforzar esas luchas de masas es necesario prestar especial atención a la batalla de ideas. Un ejemplo de ello es que todas las líneas de trabajo que hemos visto en el apartado anterior (escuelas, comunica-





ción e investigación popular) realizan una importante contribución a la batalla de ideas a favor de una nueva hegemonía cultural.

Además, la AIP concede gran importancia a la articulación de la solidaridad internacionalista. Es por ello que ha organizado diversas campañas internacionales de solidaridad con diversos países, procesos o personas como el pueblo palestino, el proceso bolivariano en Venezuela o los militantes políticos Ola Bini y Luiz Inácio Lula da Silva.

Otro elemento a destacar es la importancia que la Asamblea Internacional de los Pueblos otorga al Sur Global. Todas estas líneas de trabajo que acabamos de mencionar, por ejemplo, están basadas en la periferia del sistema-mundo o en los países periféricos o semiperiféricos, hecho que no es casual. Precisamente, el imperialismo y el colonialismo son y han sido algunas de las opresiones estructurales más profundas del mundo, y es imprescindible que los países y personas que han sufrido esa opresión sean los que se sitúan en primera línea si se quieren llevar a cabo cambios estructurales a nivel mundial.

La investigadora Jackie Smith y sus colegas han destacado que cada vez hay más movimientos basados en el Sur Global, y cada vez más grupos políticos y activistas que denuncian el neoliberalismo y ofrecen perspectivas alternativas (Smith, Plummer y Hughes, 2016). Sin duda, la AIP es un claro ejemplo de esta tendencia.

Asimismo, siguiendo esta tendencia, una de las líneas principales de la Asamblea Internacional de los Pueblos es el antiimperialismo. De hecho, la principal decisión que se tomó en el encuentro de Caracas de 2019 fue que la línea que serviría como eje de trabajo común el año o los años siguientes sería la lucha contra el imperialismo, para lo que se organizaría una Semana Antiimperialista simultáneamente en todo el mundo. Es decir, se decidió que se trabajaría el antiimperialismo, no sólo como concepto teórico, sino para sacar a la sociedad a la calle con esa reivindicación y solidarizarse con los países que sufren el ataque directo del imperialismo.

Para ello, en el marco de la iniciativa de la Semana Antiimperialista, desde la AIP se ha creado un espacio más amplio en el que trabajar también con agentes externos a la Asamblea, como el Foro de São Paulo, La Vía Campesina, la Marcha Mundial de las Mujeres o el Partido de la Izquierda Europea. Este nuevo marco de la Semana Antiimperialista, consciente de la importancia de la batalla de ideas, está contribuyendo también desde el ámbito cultural a través, entre otras cosas, de una iniciativa de diseño y publicación de posters en todo el mundo.

En general, con la Asamblea Internacional de los Pueblos se puede observar que se están creando “nuevas culturas políticas de oposición y de creación” (Foran, Gray y Grosse, 2017), y que no es necesario distinguir entre *movimientos revolucionarios* y *movimientos populares*, al menos en el caso de la AIP, porque vemos claramente que ambas tendencias o actividades conviven, “como actividad antisistémica dentro de lo que algunos llaman la sociedad civil global, a favor de una transformación social radical o un cambio de sistema” (Modhadam, 2019b).

De esta manera, el hecho de articular una voz popular a nivel global con reivindicaciones unificadas, el hecho de internacionalizar la lucha por la soberanía de los pueblos, supone avanzar hacia una democratización de las relaciones internacionales. En ese sen-





Asamblea Internacional de los Pueblos (AIP)

tido, la AIP y los MPT juegan un papel de suma importancia, pues consiguen aunar esfuerzos emancipadores locales (mediante las organizaciones representadas en sus estructuras), crean conexiones entre las diferentes propuestas y otorgan una visión global a luchas surgidas por causas globales.

No podemos pensar la construcción de una democracia global sin alternativas locales y, a su vez, las alternativas locales carecen de sentido si se mantienen aisladas, si no existe una mirada transformadora que aglutine todas esas fuerzas en favor de cambios sustanciales en las estructuras del sistema-mundo capitalista.

4. REFLEXIONES FINALES

En este comienzo del siglo XXI, estamos asistiendo a una profunda crisis de la civilización que hemos conocido hasta ahora. Es una profunda crisis económica del capitalismo, pero no sólo económica, sino también ecológica, social, ética... No es una crisis de respuesta fácil. Como dice la conocida frase de Gramsci, el mundo antiguo está muriendo y el nuevo necesita tiempo para aparecer.

Pero, ¿cuál es el nuevo mundo? Siguiendo la conocida frase que se difundió a principios de este siglo, ¿qué otro mundo es posible? ¿Cómo se debe organizar este otro mundo? En este contexto, los movimientos populares no tienen muy claro por dónde deben dirigirse para encontrar respuestas y, al mismo tiempo, cuentan con una gran responsabilidad.

Aunque no está del todo claro quién debe formar el sujeto transformador, lo que sí está claro es que tendrá que ser multilateral (para dar respuestas globales a problemas globales), popular (hacia una verdadera democracia) y con una base sólida en el Sur Global (para abordar de raíz la división estructural centro-periferia).

La lucha de clases también será una de las bases sólidas del cambio, siempre desde una perspectiva internacional y, en la medida de lo posible, la lucha anticapitalista y antiimperialista deberá ofrecer una oportunidad para la colaboración de numerosas luchas sectoriales. Eso sí, sin poner unas luchas por encima de otras y entendiendo que la lucha contra cualquier opresión estructural es legítima a la hora de transformar las estructuras del sistema-mundo.

Por otro lado, las mujeres serán clave en cualquier revolución futura (Moghadam, 2019b). “La creación de este movimiento no va a ser una tarea fácil y habrá objeciones por parte de muchos "horizontales", así como de los que se dedican a proyectos de identidad exclusiva. Pero entonces, tal dispersión y división es precisamente lo que refuerza el sistema-mundo capitalista. El retorno a una estructura organizativa más formal con objetivos políticos claros y una estrategia unificada para alcanzar esos objetivos mediante alianzas con partidos políticos de ideas afines en todo el mundo podría finalmente plantear un desafío más serio al actual sistema-mundo e impedir [la ascensión de hegemonía] por parte de la extrema derecha. La revolución mundial de corte feminista que se propone aquí podría finalmente hacer realidad el sueño de que "otro mundo es posible" (Moghadam, 2019b).

Queda mucho trabajo por delante y los MPTs se enfrentan a retos importantes, pero también a grandes oportunidades. En una época más interconectada que nunca, los movimientos tendrán que conseguir construir esos puentes desde la solidaridad y seguir





transmitiendo las concepciones transformadoras del mundo a través de la batalla de ideas. No sabemos qué medida tiene exactamente la capacidad de la sociedad civil para llevar a cabo cambios sustanciales en el sistema-mundo, pero sabemos que sí existe esa capacidad, en la medida en que la mayoría de la población mundial está formada por la sociedad civil, los pobres, los oprimidos... Les corresponde a los Movimientos Populares Transnacionales recoger este potencial.

La clave de la revolución, en sí misma, no la tiene ningún sector concreto de la sociedad, y la solución no vendrá dada por una sola línea de lucha (sólo las luchas feministas, o de clase, etc.). Predecir dónde y cuándo se va a producir la chispa es casi imposible, ya que se puede encender en cualquier lugar en cualquier momento. Por su parte, los MPT deberán disponer de la flexibilidad suficiente para mantener la chispa revolucionaria en el momento de su producción, para mantener esa tensión y, en la medida de lo posible, para afianzar socialmente los cambios derivados de dichas chispas.

El sistema-mundo capitalista que busca una acumulación infinita de capitales no es eterno, porque ningún sistema político es eterno. Puede que nuestra generación no vea su fin, pero el sistema no es estático, está en continuo movimiento, por lo que el cambio se producirá en cualquier caso y el final le llegará tarde o temprano. Entendiendo que esto es así, la sociedad civil y, en concreto, los Movimientos Populares Transnacionales, pueden tener la oportunidad de obligar, acelerar y consolidar el cambio y, en esencia, constituir la clave para empezar a pensar el post-capitalismo.

Respecto a la Asamblea Internacional de los Pueblos, diremos que ésta ofrece un nuevo marco para pensar los esfuerzos transformadores y revolucionarios del mundo en su conjunto, dotando de sentido y coordinación a diversas luchas que se dan simultáneamente a nivel local. De todos modos, los grandes cambios no están sólo en manos de los MPTs y, por tanto, tampoco de la Asamblea. Es importante entender que estos son sólo instrumentos y que si no hay mucha gente concienciada y organizada detrás de ellos, no sirven para nada.

Lo que la AIP tiene a su favor es, entre otras cosas, que representa un proyecto integral, no para resolver problemas concretos, sino para transformar las propias estructuras del mundo. En este sentido, dispondrá de flexibilidad para decidir la ubicación del foco en función de la coyuntura y para actuar con flexibilidad en función de la dirección de la sociedad.

Uno de sus principales retos es que tiene que darse a conocer más y que debe diseñar mejores herramientas comunicativas. En este sentido, también tendrá que hacer una mayor definición política, ya que de no hacerlo es realmente fácil que proyectos grandes y multitudinarios de este tipo se desvíen y acaben siendo organizaciones *insiders*.

Dentro de esta definición política, será de vital importancia seguir profundizando en el enfoque contrahegemónico, no sólo a nivel discursivo, sino también en la práctica y en alternativas concretas. Para ello, tiene a su favor el hecho de que combina, por un lado, una visión global y multilateral para analizar bien las tendencias hegemónicas en el mundo y pensar sus alternativas globales y, al mismo tiempo, una visión local, cercana a la gente, para que ésta sienta que el proyecto transformador también le pertenece y, de alguna manera, que las alternativas lleguen a las vidas de la gente (o que las alternativas que partan de ella adquieran una dimensión global).





Asamblea Internacional de los Pueblos (AIP)

En la vía hacia una democracia real, será fundamental replantear el propio concepto de representatividad. Uno de los puntos fuertes de la AIP es que representa a mucha gente, pero no podemos considerarlo como una fortaleza indefinidamente. Si esa gente “representada” no emprende sus propias iniciativas, la AIP podría cometer el mismo error que la democracia burguesa de hoy, adoptando en nombre de la gente las decisiones que se consideran mejores para ella. Si en nombre del pragmatismo se excluyeran demasiadas veces los planteamientos radicales y revolucionarios de la sociedad, la Asamblea perdería inmediatamente la legitimidad.

Si vamos a construir una sociedad utópica, justa, igualitaria, no opresiva, ecológica, feminista, etc., habrá que tener claro que, en un momento u otro, habrá que reforzar los proyectos descentralizados para que los centros de poder estén lo más cerca posible de la gente y la sociedad pueda participar en una verdadera democracia sin perder el punto de vista global. Si la Asamblea Internacional de los Pueblos hace bien su trabajo, puede suponer una herramienta clave en la construcción de esa nueva sociedad.

REFERENCIAS

- Arrighi, Hopkins, T. K. y Wallerstein, I. 1999. *Movimientos Antisistémicos*. Madrid: Ediciones Akal.
- Asamblea Internacional de los Pueblos 2019. *Carta de la Asamblea Internacional de los Pueblos a los militantes y activistas sociales y políticos del mundo*. Caracas.
- Balaev, M. 2012. Economic-political interaction in the core/periphery hierarchy. En S. J. Babones y C. Chase-Dunn (arg.), *Routledge Handbook of World-Systems Analysis*. 224-225. Oxon: Routledge.
- Bohórquez, J. y Pérez, T. 2011. Tiempo y lugar de los Movimientos Sociales Transnacionales. *Revista de la Facultad de Ciencias Económicas de la Universidad Militar Nueva Granada*. XIX (1), 143.
- Cox, R. 1981. Social forces, states and world orders: Beyond International Relations Theory. *Millenium: Journal of International Studies*. 10 (2).
- Della Porta, D. y Tarrow, S. 2005. Transnational processes and social activism: an introduction. en D. Della Porta y S. Tarrow (arg.), *Transnational protest and global activism*, 1-17. Oxford: Rowman & Littlefield publishers, inc.
- Echart, E. 2008. *Movimientos sociales y relaciones internacionales: La irrupción de un nuevo actor*. Madrid: Catarata.
- Engels, Friedrich y Marx, Karl. 1973. Feuerbach. Oposición entre las concepciones materialista e idealista. En *Obras escogidas, Marx, K. y Engels, F. Tomo 1*, 11-81. Moscú: Editorial Progreso.
- Foran, J., Gray, S. y Grosse, C. 2017. Not yet the end of the world: Political cultures of opposition and creation in the global youth climate justice movement. *Interface: A journal for and about social movements*. 9 (2), 353-379.
- García Segura, C. 1993. La evolución del concepto de actor en la Teoría de las Relaciones Internacionales. *Papers Revista de Sociología* 41, 13-31.





Leire Azkargorta, Xabier Albizu Landa y Unai Vázquez

- Gil de San Vicente, I. (2008). El movimiento popular contra la crisis capitalista. https://abertzalekomunista.net/images/Liburu_PDF/Euskotarrak/Gil_de_San_Vicente/2008-El_movimiento_popular_contra_la_crisis_capitalista.pdf Último acceso 3 de septiembre de 2020.
- Gould, Carol C. 2014. *Interactive Democracy. The Social Roots of Global Justice*. Cambridge: Cambridge University press
- Grosfoguel, R. 2003. Cambios conceptuales desde la perspectiva del sistema-mundo. Del cepalismo al neoliberalismo. *Nueva sociedad* 183, 151-166.
- Moghadam, V. 2019. On Samir Amin's call for a Fifth International. *Journal of world-systems research*. 25 (2), 270-279.
- Moghadam, V. 2019. What is revolution in the 21st century? Towards a socialist-feminist world revolution. *Millennium: Journal of International Studies*. 47 (3), 470-482.
- Secretaría Operativa Internacional de la AIP 2019. Plataforma. Cartilla para discusión. São Paulo.
- Smith, J., Plummer, S. y Hughes, M. 2016. Transnational social movements and changing organizational fields in the late twentieth and early twenty-first centuries. *Global Networks*. 17 (1), 3-22.
- Tarrow, S. 2005. *The new transnational activism*. New York: Cambridge University Press
- Wallerstein, I. 2005. Análisis de sistemas-mundo. Una introducción. Ciudad de México. Veintiuno Editores.